posición de Cesarina, y Herminia daba veinte órdenes inútiles para venir á parar en ésta:

—¡Preguntádselo á la señora Marquesa!

Sus primas participaban un poco de esta vanidad: la mayor estaba casada y la menor decía:

—Mi hermana se ha casado con un cualquiera, porque no tiene amor propio; pero yo me casaré con un título ó no me casaré.

Beltrán, en cambio, no decía nada; sabía demasiado con quién tenía que habérselas; pero cuando Cesarina, después de haber dicho que tenía apetito, se levantaba de la mesa sin probar bocado ó cuando después de haber pedido el carruaje para salir á paseo, daba con abatimiento orden de desenganchar, me miraba con aire de reconvención y parecía decirme:

—¡Hubierais debido ser de su opinión; morirá por seguir la de los otros!

IV.

Dejamos por fin á París el 15 de Julio sin que Cesarina hubiera vuelto á ver á Pablo ni á Margarita. Mireval era elegante y bello: era un verdadero edén á pocas leguas de París. Mr. Diétrich

hacía en él grandes gastos para mejorarle cada vez más, y sus dispendios se encontraban recompensados por su amor á la Naturaleza y por los productos, cada vez mayores, que le rendía la posesión. Era realmente el bienhechor de todo el país: pero á decir verdad, sin su hija nadie le hubiera conocido ni le hubiese estimado. Su excesiva modestia, su desinterés, el desdén de su lenguaje y de sus maneras hacíanle pasar por orgulloso sin serlo, porque carecía de esa expansión simpática que seduce á la multitud; era verdaderamente un hombre digno sin apariencias, y su poca popularidad lo probaba.

Cesarina se afectaba al ver que en el país preferían á hombres que valían infinitamente menos y había sostenido serios debates con algunos diputados provinciales, probándoles que las verdaderas luchas por el bienestar de un país son las que valen una reputación, no las que sólo obedecen á un interés personal ó á un incalificable amor propio.

Se presentó por entonces una cuestión local de gran interés para el bienestar de los agricultores, y Cesarina se encargó de tener la voluntad ardiente que faltaba á su padre en aquellos momentos. Tenía necesidad de un combate, de una lucha para

distraerse de sus secretos pesares. Su matrimonio le daba derecho á una iniciativa más pronunciada.

Mr. Diétrich, que en otra ocasión se hubiera detenido ante el qué dirán, abandonó entonces á la Marquesa de la Rivonniere el arreglo de la casa, de los negocios.

Los numerosos colonos del Marqués que habían tenido que agradecer mucho á la bondad de sus administradores, temblaron ante la noticia de su casamiento, suponiendo que caerían en manos de Mr. Diétrich mucho más severo; pero cuando se convencieron de que Cesarina, que era la encargada, nada les exigía; cuando vieron que ni siquiera iba á visitar las propiedades, la miraron con reconocimiento, y desde aquel instante pudo disponer de su voto en absoluto.

Mireval había sido hasta entonces una verdadera soledad. Mr. Diétrich se había reservado aquel rincón de tierra para huir del bullicio del mundo; pero ya entonces Cesarina declaró que era preciso abrir las puertas á la multitud de electores del país. Mr. Diétrich se resignó suspirando, y la jóven Marquesa organizó un sistema de recepciones incesante: no se citaba para ellas á causa del estado alarmante del Marqués y de su ausencia, pero se improvisaban á pretexto de haberse recibido buenas

noticias que, por desgracia, no se confirmaban al día siguiente.

A mí me gustaba Mireval: allí me indemnizaba del tiempo perdido en París, y no me agradaba verle invadido por un pequeño Versalles observador y curioso. En toda aglomeración las medianías dominan, y aquellas comidas diarias de cincuenta cubiertos, aquellas diversiones en el parque, me parecían odiosas. Sin embargo, no podía negarme á ayudar á Herminia en sus funciones de ama de casa, porque á pesar de su actividad, no era bastante para atender á todo; el marquesado de su sobrina habíale trastornado la cabeza, y todo le parecía poco para dar lustre á su nueva posición.

Mi intimidad con Cesarina iba siendo menor cada día, y desde el matrimonio de Pablo y el suyo, sus labios se habían sellado y su fisonomía permanecía impenetrable. No estaba bien de salud, y éste era el único indicio de la gran decepción soportada con valor heróico.

Debo decir que durante este período en que hizo esfuerzos inauditos para olvidar su pena, ó por lo menos para ocultarla, fué verdaderamente la mujer fuerte que quería ser, y yo, admirándola, sentí que se despertaba mi ternura por ella, y el dolor que me causaba su sufrimiento, redobló mi

abnegación y mi propósito de sacrificarle todos mis gustos y mi libertad.

Apenas tenía tiempo de escribir á Pablo; él me escribía poco también; estaba muy recargado de trabajo y me decía únicamente que estaban bien todos y que su mujer era dichosa, añadiendo que nada más podía apetecer.

Mr. de Valvonne escribía á Mr. Diétrich una vez por semana para tenerle al corriente de las alternativas del Marqués: parecía que soportaba mejor la actividad que el reposo y recorrían la Suiza en cortas excursiones. Cesarina parecía prestar mucho interés á estas cartas; pero, sin embargo, no respondía á ellas, dejando este cuidado á su padre. La Marquesa ocultaba con trabajo la aversión que le inspiraba Mr. de Valvonne.

Al cabo de dos meses de lucha, Cesarina venció, y su padre fué elegido diputado por considerable mayoría: había desplegado una actividad, una habilidad singular, de que se habló en todo el país con admiración por espacio de muchos días, y aquel triunfo, que no embriagaba á Mr. Diétrich, comenzaban á desilusionar á la Marquesa, porque muchas de las gentes que había tenido que poner en juego, demostraron no valer la pena de ocuparse de ellas lo que Cesarina se había ocupado.

Entonces pareció desencantada, triste, y monsieur Diétrich, que no la había visto enferma nunca, al verla decaer notablemente, se alarmó y se la llevó al punto á París.

Volvimos, pues, á casa, casi solas, porque todos nuestros amigos estaban en la estación de baños, y en realidad hacía mucho calor en la capital.

El Marqués iba mejorando visiblemente y Cesarina veía con dolor encadenarse indefinidamente su libertad; resignábase, y todos creímos que al fin y al cabo sería una buena esposa. El compromiso que había adquirido el Marqués de no reclamar nunca sus derechos, era para nosotros una garantía de que la Marquesa sabría recompensar aquella conducta delicada, cuando le viese curado.

La consulta médica disipó nuestros temores, porque los médicos aseguraron que Cesarina no tenía más que el abatimiento que produce una gran agitación, y le dispusieron un método higiénico, algunos recreos tranquilos, y paseos apacibles. Sometióse á estas prescripciones sin violencia, pero sin interés; pidió libros y se consagró en absoluto al placer de la lectura, como persona que quiere olvidarse de todas las cosas exteriores; yo la veía extractar notas, escribir mucho, y por último una mañana me dijo:

—¿Á qué no sabes lo que he hecho en todo este tiempo de reflexión y de soledad? ¡He escrito un libro! No es una novela, no, tranquilízate; es un resumen filosófico que no valdrá nada, pero que me ha entretenido. Leer mucho, escribir algo, hé aquí un modo digno de ocupar mi actividad; pero para que mi libro dé verdadero resultado preciso es saber si vale la pena de ser leído, y con este objeto he escrito á tu sobrino para que me dé su opinión, enviándole mi manuscrito. No creas que trato de imprimirlo, pero quiero saber si puedo continuar en estos trabajos sin perder enteramente el tiempo.

—¿Y qué ha respondido?

—Que había leído mi trabajo, pero que no tenía tiempo de hacerme una crítica extensa en una carta; que un cuarto de hora de conversación podría resumir todas sus opiniones, y que me dignase fijarle día y hora.

—Y le has fijado.....

—Sí, este día y esta hora; le estoy esperando.

Como de costumbre, Cesarina me avisaba á última hora, cuando toda reflexión era ya inútil. Las dos sonaban en un reloj, y Pablo, que era puntual, llamó en aquel momento.

Yo observaba con atención á la Marquesa. Ni

siquiera le reprochó el no haber cumplido su palabra de visitarla y de permitirla tratar á Margarita. No le habló más que de literatura y de filosofía, como si continuase una conversación interrumpida la víspera.

En cuanto á él, estaba sereno como el juez que no existe más que para sus funciones de magistrado, y dió así cuenta de su cometido:

—Habéis hecho, quizá sin prentenderlo, una obra notable, pero no sin defectos; sin embargo, resalta en ella una cualidad especial, lo atrevido de la apreciación, que no carece de ingenio; pero hay detalles un poco pueriles que oscurecen vuestra obra. El examen de los efectos parece hecho por un colegial, y ocupa más espacio que el de la causa, lo que es un defecto grave. La apreciación del mundo y del corazón humano no está hecha de mano maestra, por más que allí colocáis, con una modestia excesiva, la desconfianza en vos misma. Volved á rehacer vuestra obra, sacrificad las tres cuartas partes de ella y haced un libro sólo con la última. Yo os respondo de que merecerá el elogio de la opinión pública. En cuanto á la forma, es correcta y clara, y en ella se advierte la energía fría y poderosa de la convicción que os domina.

—No me domina ninguna, y no he escrito esa

obra con impresiones determinadas, sino con independencia de espíritu.

—La independencia es una pasión como otra cualquiera, y la que más domina los entendimientos de nuestra época es, bajo una nueva forma, la pasión de la libertad de conciencia, que ha promovido tantas luchas.

—Tenéis razón—dijo la Marquesa—y me dais un rayo de luz; seguiré vuestro consejo, reharé mi libro, porque os he comprendido; ya lo veréis.

Pablo iba á retirarse, y ella le detuvo, diciendo:

—Tendréis que hablar con vuestra tía y yo soy la que me retiro. Tengo que dar algunas órdenes en la casa. Quedaos, y por si os retiráis antes que yo vuelva, adiós y gracias de nuevo.

Estrechó su mano con afecto y añadió:

—No os he preguntado por vuestra familia: pero Paulina os dirá que á ella le preguntó frecuentemente.

Parecióme cruel decir á Pablo que no me preguntaba jamás, porque ya no era mi deber prevenirle contra peligros que, si eran imaginarios, arrojaban sobre mí el ridículo, y lo único que hice fué preguntarle si no creía despertar los celos del Marqués viniendo á ver á su esposa.

—Está tan lejos de mi ánimo querérselos inspirar—me dijo, que ni siquiera me ha ocurrido ese temor al venir aquí; pero si vos creéis posible ese peligro no volveré y vos seréis la intermediaria para las comunicaciones que hayan de mediar entre Mad. de la Rivonniere y yo, á propósito de su libro.

—Tu deber creo que sería escribir á Mr. de Valvonne para consultarle.

—Eso me parece harto pueril. Colocarme en esa situación terrible después de casado, lo creo ridículo para mí y ofensivo para esa pobre Marquesa á quien seguís culpando con demasiada severidad. Supongamos que no os habéis equivocado y que realmente haya tenido alguna vez la idea de llamarse Mad. Gilbert; de seguro que ahora está muy satisfecha con su nueva posición y sería seguir dando importancia al capricho de una niña. Si se registrara el pasado de todas las mujeres, se encontrarían en ellas infinitos caprichos de esos tan extravagantes como inocentes. Por favor, tía, dejadme olvidar todo lo pasado y apreciad á la mujer que se rehabilita y con una conducta seria y digna trata de reparar los delirios de una imaginación infantil.

¿Debía yo insistir? ¿Debía prevenir á Mr. Diétrich, á la sazón ausente, y advertir á Margarita

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que viviese alerta? ¡Oh! no, no tenía derecho para comprometer así la tranquilidad de todos, tanto más cuanto que yo había dejado de dirigir á Cesarina y la responsabilidad no era mía: pertenecíase en absoluto y yo no me había comprometido con su marido á velar por ella. Por otra parte, Pablo podía ver más claro que yo. Cesarina, ambiciosa y preocupada con trabajos de imaginación, quizá había dejado de pensar en él.

Viéronse muchas veces, y Mr. Diétrich, cuando volvió, los encontró en relaciones amistosas de apariencia tan casta y tan digna, que no concibió la menor inquietud. Además proponíase hacer viajar á su hija, pero ésta dijo que se encontraba bien en París y que en él hallaba la soledad que apetecía para trabajar.

Parecía tranquila, dichosa; no tenía ya afán por las reuniones, y en medio de París vivía en absoluto retiro. Como casada, sus antiguos pretendientes la habían abandonado; y ella se había formado un círculo de amigos, notables todos en las ciencias, en la literatura ó en la política. Ningún hombre ligero, ninguna mujer de moda, volvió á pisar el palacio Diétrich, y Pablo, con su porte modesto y digno, no desdecía de la severidad de aquel cuadro; parecía tener gran placer en las

discusiones literarias que Cesarina tenía el arte de someterle, y en aquel círculo se le tenía en mucho, con lo que Cesarina consiguió al fin hacerle brillar sin que él sospechase el auxilio que le prestaban.

Al fin del invierno su intimidad estaba establecida sin emoción, sin violencia, y Cesarina le rogó que llevase á Margarita; pero Pablo se opuso exclamando:

—Margarita es demasiado impresionable, y no tiene experiencia bastante para salir de la esfera en que se encuentra dichosa.

En la primavera, Pablo, cuya posición mejoraba cada día, pudo alquilar una linda casa de campo, donde vivían su mujer y su hijo, en compañía de Mme. Ferón, y á la que él iba todas las noches, volviendo todas las mañanas. Antes de partir, dejaba regado su pequeño cuadro de plantas, que tenía el placer de cultivar por sí mismo, siendo su única ambición poseer una hectárea de tierra, y contando comprar para el año siguiente aquella casa que entonces tenía en arrendamiento.

Salía de su trabajo á las cinco, comía en Paris, iba á vernos, y en cuanto daban las nueve, por interesante que fuera la conversación pendiente, desaparecia para tomar el tren que le transportaba á los brazos de su familia.

Algunas veces comía con nosotras y algunas otras personas de las que frecuentaban la casa con más intimidad.

Un día que le esperábamos á comer recibí un billete suyo concebido en estos términos:

«Estoy aterrado, tía; Margarita me envía á decir que Pedro está malo; no puedo ir; disculpadme con la señora Marquesa.»

—Toma mi carruaje—me dijo Cesarina al saberlo—ve á casa de mi médico y llévale á casa de tu sobrino. Yo te acompañaría si no esperase gente; pero llévate á Beltrán, y él irá á la botica y á cuanto necesitéis.

Así lo hice y encontré al niño gravemente enfermo, á Pablo casi desesperado, y á Margarita medio loca: el médico de la localidad, que había sido avisado, consultó con el que yo llevaba, y estuvieron conformes en que el niño estaba atacado de la viruela; le hicieron las prescripciones de costumbre, y se retiraron sin darnos grandes esperanzas de curación.

Permanecimos todos consternados en torno del enfermo, y Cesarina se nos presentó á las diez, vestida aún como lo había estado en su salón, hermosa y llevando la esperanza en su sonrisa.

Instalóse á nuestro lado, y rogó á Pablo y á Margarita que nos dejasen velar al niño, retirándose ellos á descansar, porque decía que la estancia era demasiado pequeña para aglomerarse gente.

Desnudóse, se puso una bata que llevaba prevenida, instalóse junto al lecho, y allí estuvo toda la noche y todo el día siguiente, hasta que el niño estuvo fuera de peligro.

Estuvo verdaderamente admirable, y Pablo, como nosotros, tuvo que aceptar su autoridad. Había entrado en aquella casa en que dominaba el terror como un presagio de esperanza; y en efecto, nos la comunicó y nos dió la presencia de ánimo, la confianza necesaria para conjurar el mal; cuando nos dejó, éramos dichosos y bendecíamos su intervención providencial.

Yo tuve que quedarme aún algunos días para cuidar á Margarita, que con la inquietud y el pesar había caído enferma á su vez. Cesarina volvió á verla, reanimó su espíritu conturbado, y manifestó un interés por ella que envaneció á mi pobre sobrina.

Tranquilizó á Pablo, que apenas libre de un cuidado, caía en otro, y se hizo simpática á madama Ferón, con quien hablaba de las cosas más vulgares en un lenguaje que no parecía propio de aquella mujer superior.

Esta seducción se extendió hasta mí, porque en

nuestros diálogos no desmentía su conducta exterior, y hube de persuadirme de que estaba curada de su orgullo y de su pasión. El reconocimiento de Pablo hacia ella tenía algo de sagrado, y una previsión del peligro me hubiera parecido un insulto para los dos.

Entretanto la Marquesa había logrado lo que no consiguió Cesarina; mejorar la suerte de Pablo, porque sin que él lo sospechase, hizo que su padre influyese en los negocios de Mr. Latour, que á consecuencia de algunas pérdidas, quería economizar gastos; y Mr. Diétrich, prestándole una suma importante, le arrastró por el contrario á extender sus operaciones.

Cesarina les había dado por lo tanto pan y reposo, había sido enfermera de la madre y del hijo, y se había apoderado de la confianza y el afecto de todos. Aunque Pablo había jurado sustraerse á su solicitud, se había entregado á ella, y, lejos de sentirlo, era dichoso por haberse dejado conquistar.

Una sola persona, confiada hasta entonces, Margarita, sin otra luz que su instinto, adivinó la fatalidad que la envolvía, y le fué doblemente amarga por lo mismo que adoraba á la Marquesa y no la acusaba de nada; sus celos estallaron de una manera distinta de lo que habíamos esperado, y un

día la encontré bañada en llanto, y aunque me resistí, no tuve más remedio que oir sus quejas.

—Ya lo véis—me dijo—me creíais dichosa, y lo soy mucho menos que antes de este matrimonio tan deseado. Pablo, que tiene más tiempo para ocuparse de mí, cree hacerme un beneficio enseñándome á razonar, y esto, por el contrario, me mata, porque comprendo cosas que ni siquiera sospechaba, y todas son tristes, todas me acusan ó me afligen; no me habla del bien ó del mal sin que yo recuerde el de mi pasado, que quisiera olvidar por lo mismo que ha estado á punto de costarle la vida á Pablo, y casi costó la vida á otro hombre. Pablo es bueno; hoy estima al mismo que aborrecía antes; pero no me quiere lo bastante para consolarse de todos estos males que por mí ha sufrido. Ahora veo que no basta á una mujer ser hermosa y amar hasta el sacrificio á un hombre; es preciso también tener talento é instrucción para no aburrirle después. ¡Ah! yo antes ignoraba eso; creía que debía ser feliz conmigo y con su hijo, sin más que porque le amábamos, y le decía:

—¿Con quién has de ser más feliz que con nosotros?

Él no debía pensar lo contrario, porque me decía:

—Con nadie, y ya ves que soy feliz, puesto que no os dejo más que para cumplir con mi obligación.

Hoy podría comer todos los días con nosotros, y no come ni hay quien le traiga antes de las nueve á su casa: ya no va á acariciar á Pedro cuando está dormido; pero por la mañana se lo lleva al jardín, y algunas veces le he sorprendido cubriéndole de besos y de lágrimas. Si alguna vez he tratado de preguntarle, me responde siempre con dulzura, pero con la misma me riñe por mi curiosidad. Yo canto, río, trabajo, hago cuanto puedo por distraerme, y todo va bien cuando el niño está despierto y puedo ocuparme de él; pero cuando cierra sus azules ojos, el cielo se nubla para mí. Mme. Ferón se acuesta también temprano, porque Pablo me ha prohibido hacerle confidencias y se aburre de mi silencio, y yo me quedo hasta que vuelve mi marido, que tárda dos horas, que me parecen dos años. No sé por qué esas dos horas que me roba, porque podría pasarlas á mi lado, me vuelven loca, me vuelven injusta. Sueño con desgracias imaginarias, y miro por la ventana, como si desde aquí pudiera mi vista salvar la distancia y penetrar lo que hace en París. Sé que va generalmente á veros y esto es natural; vos sois para él una madre: cuando vuelve, le pregunto que si os ha visto, y me dice que sí; él no miente jamás: le pregunto que si ha visto á la Marquesa, si estaba hermosa, si había gente en su casa, y á todo me dice que sí; y variando la conversación, me hace referirle todo lo que ha dicho el niño durante el día; y como parece tan dichoso al hablar de él, yo no me atrevo á hablarle de mí. Algunas veces estoy pálida, llorosa, y él ni siquiera lo percibe, ó si se fija en ello, no pregunta por qué. ¡Ah! Os aseguro, tía, que soy muy desgraciada, y, sin embargo, no me atrevo á confesarle que me pesa la vida, que quisiera morir; temo darle un disgusto, aumentar el que tiene, porque tiene alguno, tía, no lo dudéis, y quizá es aún más digno de compasión que yo!

Aquel día Margarita no me dejó entrever celos de la Marquesa; pero otra vez ya se reveló más claramente á la misma Cesarina.

Habían pasado algunas semanas desde la enfermedad del niño.

Cesarina iba á verla todos los domingos, y pasaba con Pablo y conmigo una parte de aquel día que Pablo consagraba enteramente á su familia. Durante la semana había éste adquirido la costumbre de comer los martes y sábados en el palacio Diétrich, así como la de pasar una hora en

nuestra compañía todas las noches: éste era el gran pesar de Margarita, que yo encontraba injusto, y no quise decir de él á Pablo ni una palabra, esperando que ella reconocería su injusticia y no trataría de encadenar tan estrechamente á un hombre que le había probado ciegamente su cariño.

Sin embargo, empezaba á alarmarme el abatimiento que en ella notaba, y aunque la Marquesa lo percibía igualmente, no la preguntaba, porque ella, mejor que nadie, conocía la causa de su pesar. Margarita tenía necesidad de ser preguntada como todos los niños que tienen un pesar, y no sabía ser feliz si no se ocupaban de ella. Hablar de sí misma, ocuparse de ella, juzgarse, arrepentirse y volver á hacer lo mismo, tal era su vida; y desde que la Ferón no era su confidente, desde que Pablo se había casado con ella, encontrábase aislada, y tempestad sorda se agitaba en su corazón. Un día que estábamos en su jardín y Pablo se había quedado fuera, rompió ya el dique, y preguntó á Cesarina:

—¿Tanto se divirtió anoche Pablo en vuestra casa, que no alcanzó el tren y no vino hasta las once y media, á pie, y por senderos harto peligrosos?

—¡Cómo!—exclamé;—¿habéis estado inquieta?

—¡Ya lo creo que lo he estado! ¡Un hombre solo y á pie por esos caminos donde no se encuentra un alma! Deberíais haberle hecho venir más pronto. Cuando no llega á la hora del tren, cada minuto que pasa se me figura un siglo.

—Hija mía—murmuró Cesarina con dulzura admirable;—ya lo procuraremos en adelante, y reñiremos á Beltrán cuando atrasen los relojes.

—Podríais adelantarlos — repuso Margarita. siempre con acritud—porque tanto se divierte en vuestra casa que me olvida.

—En mi casa no hay diversiones, Margarita; es una reunión de gente muy formal.

—Precisamente entre esa gente es como él se divierte; ¿pero podréis hacerme creer que no van damas á vuestra casa?

—Os han engañado; á mi casa no va ninguna mujer.

—¡Aunque así sea, estáis vos que valéis por ciento!

—Sois muy amable; pero creo que no estaréis celosa de mí.

Margarita miró á la Marquesa como con terror, y después inclinó sus ojos ante la mirada límpida y serena de Cesarina. Entonces cayó de rodillas, y besando sus manos murmuró:

—¡Hermosa señora, vos sois mi ángel bueno sobre la tierra! Vos me habéis casado, porque estoy segura de que os lo debo á vos; os debo además la vida de mi hijo, su hermosura, que quizá sin vuestros cuidados hubiera perdido, y nunca olvidaré cómo le habéis asistido sin temor á esa horrible enfermedad. ¡Oh! verdaderamente sois un ángel y en vano querría deciros cuánto os amo; pero eso no impíde que tenga celos de vos. Vos estáis joven como á los diez y seis años, mientras yo he perdido casi mi hermosura. Vos tenéis para aparecer más bella trajes magníficos que yo ni aun sabría llevar aunque los tuviera. Cuando me pongo sencillamente un lazo en el pelo, Pablo es el primero que me dice:

—«Quítate eso; estás mejor con tu cabello solo.»

Pero mi pobre cabello se cae; he perdido ya más de la mitad, y si, como todas las demás, me pusiera moño mostizo, segura estoy de que Pablo se burlaría de mí, y me diría:

—«Quítate eso; yo no te quiero por la hermosura, sino por el corazón.»

Y esto es verdad; ya no me quiere por mi cara, se ha acostumbrado á verla, y me profesa un cariño amistoso que bastaría á hacerme feliz, si yo creyera que Pablo no era capaz de sentir amor por

otra mujer. Él lo asegura así; dice que no comprende cómo pueda un hombre entregarse á una mujer, sólo porque tiene ojos hermosos y un vestido rico.

—¡Creo—murmuró Cesarina sonriendo de una manera extraña—que os dice la verdad!

—Sí, pero eso no impide que cuando está al lado de una muchacha de buenos ojos, de ricos vestidos, y además amable y buena, se muestre elocuente, entusiasta, como puede estar cualquier hombre al lado de una mujer. A pesar de eso creo que no os amará con una pasión vehemente y esto es lo que me digo todas las noches cuando él está en vuestra casa y yo esperándole.

—Hacéis mal en decir ni aun eso—murmuró Cesarina sin otra emoción que un visible disgusto;—posible es que no tengáis conciencia, ni respecto á las cosas más santas. ¿Creéis que si vuestro marido tuviese una inclinación por mí, no la hubiera yo notado?

—Quizá no. No os enfadéis conmigo; ¡pero Pablo es tan raro, tan diferente de los demás hombres! Hay muchos que no valen lo que él, pero son más francos, dejan ver sus impresiones, mientras que Pablo con su talento, su valor y su paciencia, todo lo calla, no deja comprender nada.